

# Nido de pájaro

Monica Mendoza



## Capítulo 1

Ese nido de pájaro: cosa mal hecha, sin ninguna forma, muy endeble, en realidad. Atravesaba las montañas y ahí estaban ellos, los pájaros, sonoros, sigilosos; interrumpí mi andar en el momento que esa pequeñez de animal en pleno vuelo se me atravesó, ¿o tal vez fui yo quien se cruzó en su camino? tuve que agachar mi cabeza para evitar que me chocara. No olvido ese primer encuentro: accidentado, y así quedamos ese día, el pájaro junto a su camada, siguieron cantando desde lo más elevado de un roble y yo, continué mi camino.

Nunca me han gustado los pájaros, al contrario, les tengo pánico: sus ojos, su pico puntiagudo, sus patas, sus raquílicas patas, adquieren forma de garras. Extraños seres, aunque, si hay algo que les envidio, es su canto, pero solo eso. En mis trayectos rutinarios, me he topado varios nidos de estos, y una cosa que me pareció curiosa fue ver lo que hacen los polluelos, o más bien lo que les hacen algunos pájaros a sus crías para lograr que éstos vuelen.

Hoy, en particular, noté una cosa extraña sobre la naturaleza de los pájaros: cuando dejan de ser polluelos y ante la más pequeña amenaza, ellos proceden a desbaratar su nido y a abandonar a sus progenitores, lo cual me llevó a pensar en mis actuales circunstancias. Yo vi a aquella ave: tan pequeña, picoteaba y picoteaba con fiereza afuera, adentro de ese montoncito de paja, hasta que, el último resquicio cayó al suelo. Sin más, abrió sus alas y alzó vuelo a lo desconocido. Esa visión me obligó a cuestionarme lo que no había hecho hasta ahora: ¿Cuándo y de qué forma dejaré mi nido? Fue un pensamiento breve, al cual no le di demasiada importancia, pues tuve regresar apresuradamente a la casa.

En cuanto a mis condiciones materiales y económicas como ya sospecharán: vivo en una pequeña finca a las afueras de la capital, como a dos horas, para ser precisos. Aquí todo parece transcurrir más lento, más tranquilo. Es esa lentitud la que me cuesta, por eso mi estrategia este último año ha sido evadirme y recorrer los caminos ¡Ja! He visto y oído tantas cosas. Perderme entre los matorrales me ayudó a saber la conspiración que armaron los vecinos, según ellos, para evitar pagar el excesivo costo de la luz: montaron una toma alterna, fue como implementar un sistema: con cables y etc. Don Juan, uno de los vecinos, rumoraba:

—Traiga suficiente cable, don Mario—, para que alcance para las dos familias.

—Ahora que vaya a la ciudad—, aquí no tengo nada de eso. Le alcancé a

oír al otro.

Así pasaron varios meses, noté que, en efecto, habían logrado su cometido y cómo esas casas quedaban cerca de donde se ubicó el transformador que era para toda la vereda; a cada rato lo manipulaban. Ellos siguieron experimentando hasta que un día, en uno de sus ensayos, cortaron un árbol que estaba cerca y este cayó encima de todos esos cables, era tanto el peso que tuvieron que soportar, que al final todo se fue al piso. El transformador se dañó y con ello toda la vereda tuvo que pasar varias semanas sin luz, hasta que se hizo todo el trámite para la reposición. Mientras tanto, en casa a punta de velas desde las 6 p.m.

Yo seguía merodeando por los alrededores. Me fijé en particular en una cría de cabra que tenía don Juan; hermosa: Color café, blancos los tobillos, las manos y el lomo. Esos días podía verla cuando se la traían a la mamá para amamantarla. Vi, por supuesto que don Juan era muy tosco con el trato a los animales, se los llevaba casi que a latigazos; quise intervenir, marché hasta donde se encontraba él y los animales:

—Vecino, pero si va a tratar así a los animales, mejor no los tenga—, ¿no? Argüí.

Con mirada furiosa y tono desafiante al ver que era yo; gritó:

—Otra vez uste'—; la niña tonta. Se está volviendo recurrente; ¿le gusta merodear a sus vecinos?

—Pues, uste' no se ayuda don Juan—, siempre que paso anda en cosas raras, eso no es culpa mía; le repliqué.

—Mucho cuida'o, niña—, no se meta conmigo, no sabe quién soy yo ni lo puedo hacer. Esbozó casi iracundo.

—Creo que tengo una idea—, si es capaz de colgarse de la luz, solo para no pagar los cochinos recibos. ¿Ya se le olvidó?

—¡Niña estúpida! Intentó manotearme

—Cálmese, donde Juan—, mire que eso le hace daño.

En ese momento vimos venir dos personas que se identificaron como trabajadores de la empresa de energía y que afirmaron que pasaban a verificar lo que había pasado con el transformador, pues para ellos quedaban dudas y creían que era probable que los vecinos manipularan ese aparato, pero que además tenían información de que se estaban "colgando" y robando luz. Ante esas palabras mi vecino empezó a

sobresaltarse, y casi que a enmudecer.

Andando hasta la casa de don Juan, y como para llegar hasta donde vivía yo, había que pasar por los terrenos de don Juan, mientras caminábamos se presentó la oportunidad y él aprovechó para intentar persuadirme de que no dijera lo que sabía. Ante lo cual, entre cuchicheos, le contrapuse:

—Bueno, don Juan—, a cambio de eso quiero esa cabrita, usted la trata muy mal, estaría mejor conmigo.

—Está bien, es suya—, se la puede llevar. Consintió él.

—Bueno, no diré nada. Pero me la llevo ya. Insistí.

—Claro... ¡maldita niña! Aseveró y me lanzó una mirada casi de odio.

En eso vino mi papá, se despidieron todos y yo me llevé la cabrita. A partir de ese momento era mía.

Papá quiso saber sobre el animal y yo le dije que había sido un obsequio que el vecino me había hecho por haberle ayudado con los funcionarios de la empresa de energía.

—Y ahora, ¿cómo la va a cuidar? Siguió cuestionando.

—Pues....

—Debe conseguirle pasto y...

—Y usted me va a ayudar, ¿cierto?

— Mañana miramos qué se puede hacer, mientras tanto, ¿ya le dio agua?

—Voy....

Mi papá que es más experto que yo, me condujo hacia donde podía encontrar comida para la cabra. Ya no requería que la siguieran amamantando así que no fue necesario volver a tratar con el vecino.

Como una madre se ocupa de su hijo, así me hice cargo de aquel animal, la llevaba y la traía, papá consiguió un perro, entonces ya éramos tres mosqueteros, recorríamos los caminos. Así fue que supe que finalmente don Juan tuvo que pagar una multa por que lo habían descubierto, le hicieron retirar toda esa conexión ilegal, a él y otros vecinos a los que pillaron en las mismas prácticas. Desde luego, no podía pasar por allí, esos lugares me fueron vedados, por que don Juan me culpaba por lo

sucedido, y así me lo dejó saber cuándo intenté acercarme a aquellos terrenos una mañana:

—Mocosa, más vale que no la vuelva a ver por aquí. De verdad, no respondo de lo que pueda hacer. Esbozó furioso.

— ¿Cómo así? ¿Por qué? Atiné a decir

—No quiero gente entrometida por aquí—, me supo manipular muy bien. Por eso, ahora, ¡largo de aquí! De inmediato sacó un palo y me empezó a corretear.

En fin, fui más rápida y logré escabullirme, pero el miedo que sentí, el odio con el que me habló ese hombre, en serio que no lo había visto ni oído en nadie, fue impactante y por supuesto no iba a dejar golpear.

Pensé en acudir a mi padre, pero sabía que no entendería, porque tendría que explicar lo de la cabra y cómo fue que realmente la conseguí. Por lo tanto, busqué otros caminos por donde aún se podía transitar.

Tiempo después, cruzando los matorrales de café por la parte norte, salió una vecina gritando:

—¡Auxilio! —, ¡ayúdenme!... ¡José Ángel me hirió! ¡José Ángel me hirió!

Atrás venía un hombre que también gritaba:

—Mija, pero usted tiene la culpa... ¿Cuántas veces le advertí que dejara de meterse con otros tipos? Y luego y lo primero que encuentro es a usted coqueteándole al vecino. La culpa es suya...la culpa es suya.

La pobre mujer, se estaba desangrando, había recibido un machetazo entre el cuello y el hombro. Aún seguía diciendo:

—¡Auxilio! ¡José Ángel me mató! ...yo tuve la culpa ... ¡José Ángel me mató!

Yo estaba horrorizada, la señora se desmayó y fue trasladada al hospital, pero en el trayecto falleció, fue lo que supe después. En cuanto al responsable del hecho, él mismo se entregó y se le impuso una condena irrisoria. En todo caso, no volví a saber de él por un buen tiempo.

La cabrita seguía creciendo, ya era menos dependiente, le empezaron a salir los cuernos y papá, aunque era un tacaño tuvo que ver la forma de conseguirle buen alimento, hasta un poco de concentrado a veces le traía, cosa que no hacía ni por él ni por mí: proporcionarnos buena comida.

## 2. La retórica de papá

«Estas mujeres de hoy en día, ya no las hacen como las de antes.» rumoraba papá un día.

¿Soy una mujer? Sí, creo que sí, porque, desde aquel arrabal oigo a mi viejo:

—Vaya, prepare la comida.

—Pero, ¿Cómo padrecito?, si no ve que el agua no llega hasta acá.

—¿Y para qué agua? si le estoy pidiendo es comida

—Pues para lavar y poner a cocinar los alimentos, o si no, ¿cómo?

—¿Y no llega una gota, mijita? ¿Ni un chorrito?

—Ni una gota, padrecito, ni un chorrito.

—Pues, entonces tome esta pimpina, allá arriba hay un arroyo, traiga una poquita.

—Pero, padrecito que está muy lejos y que tampoco hay que echar a la olla, ni tomate ni cebolla.

—Que tome esa pimpina, que vaya, que atienda. Estos adolescentes de hoy en día, tan poco comedidos. Tan quejumbrosos.

— Voy traigo el agua y de paso también la yuca, el maíz, ¿no? ¿Por qué lo tengo que hacer todo yo?

Al oír eso, papá empezó a soltarse la correa de la cintura a los cual yo tomé la pimpina y salí corriendo. Con el perro siguiéndome, abordamos el viejo camino o más bien aquella trocha, no hay nada a mi paso, el campo ya no produce, ¿será por el desgaste?, ¿será el descuido? ¿O serán los hombres? espinas y cardos y iabrojos! Eso hay.

Finalmente, después de 15 minutos llego, el arroyo, casi seco, aunque alcanzo a sacar una poquita, como dijo mi padrecito. Ahora bajar esa pimpina por esa loma así sea arrastras.

—Padrecito, que ahí está, pero solo un poco de agua. Y que mire, que mi ropa de abrojos se llenó.

—Pues entonces ahora prepare los alimentos, que hay visitas.

—¿Y qué cocino?, si no hay nada, ni cilantro ni zanahoria para hacer un caldo.

—Vaya donde la vecina, que le presten un poquito de sal y una librita de pasta.

—Padrecito, pero, ¿Por qué yo? Yo no soy la adulta en esta casa.

—Deje de refunfuñar, carajo y vaya. Y casi me saca a empujones de la casa.

Por entre esos cafetales voy bajando y me pierdo, pero no pronto me vuelvo a ubicar «¿Por qué esos hombres de hoy en día ya no los hacen como antes?» tan atentos; y yo, ¿soy una mujer? Al parecer sí, es lo que medito; pero ahora voy por el camino, contando y quitando de mi ropa los abrojos.

Por fin llegué con la vecina, entré en esa casa. Saludé y luego el cruce ladridos entre su perro y el mío. No demoré mucho, fui precisa y la vecina generosamente me proporcionó lo que necesitaba. Me despedí.

Ahora cuesta arriba para regresar a la casa de mi papá. Y ahí sí, el señor se dignó a meterse a la cocina, aunque solo fuera para seguirme mandando.

«Estos jóvenes de ahora, ya no las hacen como antes, son todos voluntariosos, rebeldes.»

Pero claro, entre refunfuños y alegatos, finalmente, estuvo la comida, se atendió la visita y al final de la tarde, me ocupe de la cabrita y ahí iba con mi monologo interno: «Estos padres, de ahora, tan imperfectos»

Por su puesto, papá me preguntó si había alimentado al perro.

—¿También esa es mi responsabilidad?

Ante lo cual, me grita;

—Mocosa, ¿anda de respondona? Y por poco me golpea, solo que logré encerrarme en mi pequeña pieza.

En fin, ese fue uno de los días más extraños, hasta ahora le había obedecido casi ciegamente a mi padre, sin atreverme a contradecirlo, pero, ahora yo sentía mucha ira, y empezó a aflorar un odio hacia él.

Estuvo golpeando la puerta un rato, hasta que se cansó, afortunadamente no pudo entrar y se fue.

Dos días estuvimos así, sin hablarnos, llegué a verlo como una cuestión de poder, el que primero hablara cedería y perdería y, ¿Qué creen que pasó?? papá se vio obligado a preguntarme sin querer por el perro, parecía preocupado porque no lo había visto y vino apresurado a interrogarme:

—¿Sabe dónde está el perro?

Con voz seca, afirmé:

— ¿Cómo? ¿No estaba con usted?

—Pues no, por eso le pregunto. Ayúdeme a buscarlo.

No tardamos mucho en encontrarlo por que escuchamos unos ladridos, nos dirigimos hacia donde provenían, cuando llegamos el perro estaba en posición de ataque, tras ver que, al alboroto de los pájaros, plumas, el verdadero responsable estaba frente a nosotros, un tipo que acaba de disparar, se fue de caza ese día, en fin, el perro se le fue a aquel sujeto, papá y yo tuvimos que intervenir, porque notamos que tenía intenciones de dispararle al perro.

—¿Quién es usted? Quiso saber papá.

—Soy el nuevo dueño de estas tierras, controle a su perro, por favor.

—Claro, o si no correría la misma suerte de ese pobre pájaro, ¿O no?

—No diga tonterías, vecino.

Yo estaba muy ansiosa y mientras los otros dos discutían yo quité y controlé al perro. En fin, a pesar de la euforia papá entendió que debía retirarse, porque además éramos nosotros los que estábamos pisando tierra ajena.

Yo miraba y miraba a aquel personaje, luego miré como se llevaba a ese pequeño pájaro, y su escopeta al hombro, fue brutal, por fuerza quité la mirada y seguí con papá y el perro.